

ACTO CUARTO.

Salon iluminado en casa de doña Inés de Sandoval. Puerta en el fondo. Otra grande á la izquierda que da entrada á la habitacion donde se supone que hay baile. A la derecha otra mas pequeña, y en el ángulo un balcon. Mesas de juego rodeadas de varios caballeros, entre los que se verá á don Ricardo jugando; otros se pasean, entran y salen por la izquierda. Aparece doña Inés sentada en un extremo del teatro muy pensativa. Oyese alguna lejana la música del festin.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INES.—OSORIO.—DON RICARDO.—CABALLEROS.

Osor. ¿Cómo aquí tan solitaria,
lejos del baile y la música,
está en noche de festin
la reina de la hermosura?
¿Qué es esto, mi bella prima?
Vos que siempre á la confusa
animacion del sarao
le dais vida cual ninguna

dejando correr el chiste
con sin igual donosura,
¿tan pensativa os encuentro,
tan olvidada. . . tan mustia?
¿Algún disgusto teneis?

Inés. No, nada me apesadumbra,
estoy un poco cansada. . .

Osor. ¿Mi hermosa prima me oculta
la causa de sus pesares?
mi perspicacia vislumbra,
á través de su belleza,
pálidas sombras que nublan
de su trasparente cielo
la calma. . . .

Inés. ¡Por Dios! . . . ya es mucha
sobrada exageracion. . . .
y la lisonja me abruma. . . .

Osor. Exageracion. . . lisonja. . .
sed con vos algo mas justa:
¿se puede hablando de vos,
exagerar por ventura?

Ya que sois tan reservada,
permitidme que presuma
la razon que el claro brillo
de vuestros ojos enturbia.
¿Es del marqués la tardanza
lo que de tal modo os turba?

Inés. Y. . . ¿no es sobrada razon,
con lo que ya se murmura?

Osor. Ps. . . con efecto. . . .

Inés. Es posible
que en medio de esta baraunda
si le vencen, vaya envuelta
mi desgracia con la suya.

Osor. Y ¿eso os tiene pensativa?

Inés. ¡Alabo vuestra pregunta!

Osor. Os diré; eso todavía
no es cosa así tan segura. . . .
y. . . . vamos, aunque lo fuera,
cuestiones hay mas profundas,
prima mia. . . . y en el mundo
todo tiene soldadura.

Inés. No os entiendo.
Osor. En estos casos
jamás mi razon se ofusca,
y puedo dar un consejo
con aplomo al que me ocupa. . . .
Sí, prima, es la diplomacia
aquí de importancia suma.
Yo la profeso: es la ciencia
que mas el ingenio aguza,
y de ella saco partido
en la ocasion oportuna. . . .
Ya veis; me he dicho esta noche. . . .
Ensenada se derrumba,
es muy probable. . . . pues bien:
don Ricardo Val se anuncia
en su lugar. . . . aprovecho
esta buena coyuntura.
¿Lo veis en aquel rincon
con qué atencion tan profunda
parece que mira al juego?
Pues maldito si se cura. . . .
Está haciendo disparates
porque su mente fluctúa
entre lo cierto y lo incierto
de su elevacion futura.
Pero yo que estoy en todo,
he ido allá, y una por una
he alabado sus jugadas,
he soltado cuatro pullas
alusivas, palpitantes. . . .

se ha reido, y luego. . . . en suma,
ya me teneis preparado
para todo cuanto ocurra.

Inés. Sí, sí. . . . pero es menester
para eso tanta frescura. . . .

Osor. ¡Callad! la cosa mas fácil
que hay en la tierra. . . . ¡quién duda
que esto es lo mas conveniente?
¡Astucia, primita, astucia!
Si estas gentes así os ven,
ya sabeis cuánto murmuran,
y os contarán como víctima. . . .
¡nada! que jamás descubran
el flaco; haced lo que yo,
mostraos alegre cual nunca.
Volved al salon: dad pábulo
á la animacion, la bulla;
cuatro anécdotas picantes,
y así con tono de zumba,
y de este modo vereis
cómo todos se deslumbran.
Si se sostiene Ensenada,
nada perdeis; si no triunfa,
teneis eso adelantado
con el que le sustituya.

Inés. (Se levanta.)
Veremos, vuelvo al salon. . . .

Osor. ¡Eso! con planta segura
tomad la senda que os trazo,
que yo haré que ella os conduzca
al verdadero camino
de la gloria y la fortuna.

Inés. (Con ironía.)
No dudo, primo, alcanzarlas
contando con vuestra ayuda. . . .
(Salen por el fondo Inlan y Quiñones.)

ESCENA II.

DOÑA INES.—OSORIO.—INCLAN.—QUIÑONES.—
DON RICARDO.—CABALLEROS.

Osor. ¡Hola! . . . ¡qué á tiempo! . . . llegad.
(A Inés.)

Permitidme que me tome
la libertad, prima mia,
de presentaros. . . .

(Saludan los dos á doña Inés.)

Inés. Señores. . . .

Osor. Mis amigos, don Miguel
Inclan y don Juan Quiñones.

Quiñ. Que ha tiempo, hermosa señora,
aunque ello mucho les honre,
que se cuentan entre el número
de vuestros admiradores. . . .

Inés. Vuestra galante finura
de quienes sois me responde.
Celebraré que en mi casa,
y especialmente esta noche,
encontreis todo el obsequio
á que sois tan acreedores.

Inc. Es difícil, doña Inés,
que mas obsequio ambicionen
los que una vez tan de cerca
hablaros y oiros logren.

Inés. La lisonja os agradezco:
mas permitidme que torne
al salon, donde me esperan.

Inc. } Señora. . . .
Quiñ. }

(Vase doña Inés por la izquierda.)

ESCENA III.

DÓN RICARDO.—OSORIO.—INCLAN.—QUIÑONES.—
—CABALLEROS.

Quiñ. ¡Qué linda jóven!

Inc. ¡Oh! . . . mucho y amabilísima.

Osor. Linda y amable, conformes.

Y vosotros los galanes
mas pulidos de la corte.
Pero sepamos, ¿qué hay?

Quiñ. ¿No habeis salido?

Osor. ¡Demontre!
no pude; estoy con mi prima
haciendo aquí los honores,
de modo que hasta después
que la casa desalojen
las damas, es imposible,
tengo que estar á sus órdenes.

Quiñ. Sospecho que se prepara
algun formidable golpe. . . .

Osor. ¿De veras?

Inc. Sí, amigo mio;
hay fermentacion. . . . rumores. . . .

Osor. ¡Rumores! . . . ¡fermentacion! . . .

Quiñ. ¡Patrullas! . . .

Inc. ¡Grupos! . . .

Osor. ¿Entonces? . . .

ya no hay lugar á la duda;
la cosa marcha á galope. . . .
¿Qué hace el ministro?

Quiñ. No sé.

Inc. Corren diferentes voces. . . .

BIBLIOTECA CENTRAL

V. A. N. L.

Quiñ. Unos dicen que en palacio
aun está en el pleno goce
de su autoridad. . . .

Inc. Mas otros
aseguran que se esconde. . . .

Osor. Pero ¿lo cierto?

Quiñ. Se ignora.

Inc. Cargado está el horizonte. . . .

Osor. ¿Con que esto es otro Babel?

Quiñ. Cabal.

Inc. Estamos acordés.
(*Siguen hablando aparte, y sale Keen por el fondo.*)

ESCENA IV.

DON RICARDO.—KEEN.—OSORIO.—QUIÑONES.—
INCLAN.—CABALLEROS.

Ricard. (*Levantándose.*)
Perdonad, señor marqués,
si no contesto á la carga;
pero la noche es bien larga
y os reto para después.

(*Viénesse al encuentro de Keen: los caballeros van
dejando poco á poco las mesas, y se retiran por
la izquierda.*)

Ya hace tiempo que os aguardo. . . .
Vamos, ¿qué hay de ministerio?

Keen. Nada; hasta ahora es un misterio
para todos, don Ricardo.
Dos horas ha que salió
del real palacio Ensenada,
á tiempo que recatada
en él la marquesa entró.
Presumo que aun está allí,

é ignoro lo que después
habrá pasado. ¡El marqués
no ha venido por aquí?

Ricard. No; y doña Inés Sandoval
da muestras de su disgusto. . . .

Keen. Eso, don Ricardo, es justo
y es tambien buena señal.

Ricard. Sí, buena. . . . pero en justicia
nada nuevo me traéis. . . .

Keen. Vamos, ¿y qué me dareis
por una buena noticia?

Ricard. ¿Cómo! . . . ¿es tan buena?

Keen. Os lo juro:
por ella á entender se viene
que el ministro no se tiene
en Madrid por muy seguro.
La flor del marqués se agosta. . . .

Ricard. ¿Pero. . . .

Keen. Ha poco que ha mandado
que le tengan preparado
un buen carruaje de posta.

Ricard. Pues eso. . . .

Keen. Quiere decir
que por si es destituido,
pretende estar prevenido
y á todo escape salir.

Ricard. ¿No os parece conveniente
que haga con esta ocasion
alguna demostracion
por ahí fuera nuestra gente?

Keen. Me han dicho que preparada
en buenos sitios está:
en breve reventará
la mina. . . . (*Siguen aparte.*)

Osor. ¡Pobre Ensenada!
Os digo que si no viene,

no hay remedio, es que ha caido;
porque él aquí. . . .

Quiñ. Está entendido.

Osor. ¡Estamos?

Inc. ¡Qué duda tiene?
(*Siguen aparte.*)

Osor. ¡El destierro aun está en pié?

Keen. Sí, sí; y enganchado un tiro. . . .
mas si le dan de respiro
esta noche. . . . os juro á fé. . . .
(*Siguen aparte.*)

Osor. Pues, caballeros, se hundió.

Quiñ. Ya es tarde.

Inc. No viene ya.

Ricard. ¡Qué apurado que andará
el señor marqués. . . .
(*Sale Ensenada por el fondo.*)

Osor. ¡Ah!
¡Oh!

(*Todos le saludan, y sale doña Inés por la izquierda.*)

ESCENA V.

DOÑA INES.—ENSENADA.—DON RICARDO.—KEEN.—

OSORIO.—QUIÑONES.—INCLAN.

Inés. ¡Gracias á Dios!

Ensen. ¡Qué! señora,
¡por ventura se creia
que Ensenada no vendria
á saludaros? La hora
pienso que es. . . .

Inés. Muy oportuna. . . .

(*Siguen aparte.*)

Keen. (*Contestando á una mirada de don Ricar-*

do y encogiéndose de hombros.)

No lo entiendo: algun capricho
de la suerte.

Osor. (*A sus amigos.*) Nada he dicho.
Golpes de azar y fortuna.
(*Se retiran por la izquierda.*)

Keen. Dejadlo con doña Inés;
que no goce en la sorpresa. . . .
al salon. . . .

Ricard. Esa marquesa. . . .

Keen. Ya nos veremos después.

(*Vase por la izquierda don Ricardo y Keen por el fondo.*)

ESCENA VI.

DOÑA INES.—ENSENADA.

Ensen. No sé lo que noto aquí. . . .
tal vez será una manía;
mas creo, señora mia,
que todos huyen de mí.

Inés. Puede ser figuracion. . . .
Y ¿qué le importa á Ensenada. . . .

Ensen. Sí, cierto; bien poco. . . . nada.

Inés. Vamos, venid al salon.

Ensen. No, doña Inés, perdonad:
prefiero mas á este lado
estar con vos apartado,
que entre la alta sociedad. . . .

Inés. Pues bien, tomaremos sillas. . . .
si tal llegué á proponeros,
fué, marqués, para que al veros
cesaran ciertas hablillas. . . .

Ensen ¡Hola! . . . ¡hablillas por aquí?
celebro en el alma. . . vamos,
sentémonos y sepamos
qué es lo que dicen de mí.

Inés. Algunos que os quieren mal
han circulado rumores. . .

Ensen. ¡Tal vez los que mas favores
me deben? . . . es natural.

Inés. Siniestras voces corrian. . .
y hay algunos que han creído
que estábais hasta escondido,
y como entrar no os veían. . .

Ensen. Pues, ya por tierra miraban
postrada mi omnipotencia,
y con placer en mi ausencia
la derrota celebraban.
Son crueles desengaños
que aquí el corazon devora. . .

mas no sé por qué, señora,
hoy me parecen extraños.

Pues tanta amarga verdad
en poco tiempo he sabido,
que en dos horas he vivido
por toda una eternidad.

Inés. Verdades son, que á mi ver
no os deben dar pena alguna,
pues conservais, por fortuna,
en vuestra mano el poder.

Ensen. Teneis razon, Inés bella,
yo les haré confesar
que aun no han logrado eclipsar
la clara luz de mi estrella.

Inés. ¡Y la marquesa, decid,
para el destierro salió?

Ensen. ¡Para su destierro? no;
pero saldrá de Madrid.

Inés. perdonad que haga presente
á Ensenada este descuido;
mas, no hay duda que habeis sido
con ella azás indulgente.

Ensen. Todo al contrario, señora;
y á aseguraros me atrevo,
que á ese paso es al que debo
la fermentacion de ahora.—
Por complaceros á vos
con ligereza le dí;
mas se alzaron contra mí
cien enemigos en pos.
Y ya su exigencia es tal,
que no hay nada que les cuadre. . .
en fin, hasta con mi padre
he venido á quedar mal.

Inés. ¿Tambien?

Ensen. Sí, como os lo digo:
quiso oponérseme á todo,
y se enojó de tal modo
que es mi mayor enemigo.

Inés. Por lo que hace á la marquesa,
os dije que convenia
desplegar suma energía,
y por cierto, no me pesa,
aunque tacheis de crueldad
el consejo que os he dado,
pues el tiempo ha demostrado
su muhca oportunidad.

(*Rumor exterior que va creciendo con rapidez.*)

Un buen golpe y de repente
presumo que es lo mejor. . .
mas. . . ¿no oís? . . . ¡ese rumor. . .

Ensen. En la calle.

Inés. (*Dirigiéndose al balcon.*)

¡A que esta gente. . .

(Abre el balcon, y al asomarse á él, tres ó cuatro voces á un tiempo dan el grito, que repiten otras muchas, de)

¡Muera Ensenada!
Inés. (Cerrando el balcon prontamente.)

¡Dios mio!

¡qué es esto! . . .

Ensen. (Con indiferencia.) Nada, señora:
los descontentos, que ahora
van gritando á su albedrío.

Inés. ¡Con esa tranquilidad
lo decís! . . .

Ensen. Y ¡qué queréis. . . .
Iré sobre ellos. . . .

Inés. ¡Qué haceis!

Ensen. ¡Deteneos! . . .
Perdonad:

Inés. vereis que no es nada al fin. . . .
Pero es expuesto de noche. . . .
haré que os lleven el coche
á la puerta del jardin.
Seguid á lo largo el muro
y no camineis despacio:
de esta manera á palacio
podreis llegar mas seguro.

Ensen. Señora, no es menester
tomar tantas precauciones. . . .

Inés. Evitar las ocasiones
conviene. . . . dejadme hacer—. . . .
(Vase por el fondo.)

ESCENA VII.

ENSENADA.

(Vuelven á oirse á gran distancia los gritos de muera Ensenada.)

¡Oh! . . . grita, pueblo infeliz,
y acepta la servidumbre
del traidor que hoy te acaricia
para que á triunfar le ayudes. . . .
y mañana cuan toque
la anhelada excelsa cumbre. . . .
el dogal á la garganta
te ajustará. . . .

(Vuelven á oirse los gritos á lo lejos.)

¡Ruge! . . . ¡ruge! . . .
en vano los alaridos
por los aires se difunden;
no esperes, no, que el marqués
al escucharos se turbe.
“Muera Ensenada. . . .” ¡cuán pronto
los trabajos mas ilustres
y los afanes mas puros
la ingratitud los destruye,
y fama y pompa en la nada
se precipitan y hunden!
¡Quién pensara que al que ayer
se ensalzaba hasta las nubes,
hoy le amagara de muerte
la agitada muchedumbre?
¡Necio de aquel que en sus hechos
sus esperanzas hoy funde!
Todo aquí desaparece,

todo se olvida y sucumbe.
Pues bueno: yo les haré
que con mas razon murmuren,
y que esta noche funesta
recuerden con pesadumbre.

(Se dispone para salir, á tiempo que entra por el fondo Gutierrez con un pliego en la mano.)

ESCENA VIII.

ENSENADA.—GUTIERREZ.

Gutier. Señor. . . señor. . .

Ensen. ¡Qué hay, Gutierrez?

Gutier. ¡A Dios gracias que os encuentro! . . .

A casa con suma urgencia
os han llevado este pliego,
y por si acaso os importa,
atravesando mil riesgos
logro llegar hasta vos. . .

Ensen. Dame acá. . . lo que es comprendo,

(Lo abre y lee.)

Del rey. . . se me destituye
de mis honores y empleo. . .
¡Oh! . . . ¡muy bien! . . . ¡Se me abandona

en tan críticos momentos,
como si fuera un malvado,
á las violencias del pueblo? . . .

¿Este pago merecí
después de dejar el reino
como nunca floreciente? . . .

¡Otro desengaño nuevo!
Gutierrez. . . ¿está la silla?

Gutier. Donde dejásteis dispuesto.

Ensen. ¿Quieres seguirme?

Gutier. Señor. . .
aunque fuera hasta el infierno:
pero no salgais ahora,
porque pereceis de cierto.
Gritando á la desbandada
va por las calles corriendo
la irritada multitud,
y si os hallara. . .

Ensen. No espero. . .
á la puente de Segovia
haz que lleven al momento
la silla, y á ver si puedes
lograr que se oculten dentro
mis papeles. . .

Gutier. Bien, señor;
mas que será tarde creo,
porque os iban á asaltar
la casa los descontentos.

Ensen. Puede ser que todavía
esté libre. . .

Gutier. Os obedezco.

ESCENA IX.

ENSENADA —Después Doña INES.

Ensen. ¡Tambien asaltar mi casa. . .
tolerar estos excesos? . . .
¡Estoy ¡vive Dios! . . . tentado
de ir allá y ponerle fuego!
Vengarse mis enemigos
quieren de mí por completo. . .
mas no les daré ocasion,
no lograrán sus deseos.
Sí, sí: á lejanos países:

aquí es crimen el talento:
el mas audaz é ignorante
vence al fin. . . ¡oh! . . . me avergüenzo. . .

Inés. (Sale.) ¡Ensenada!
Ensen. ¿Vos, señora?

Inés. Ya de esta calle bien lejos
los revoltosos están.
Con gran sigilo he dispuesto
que á la puerta del jardin
os lleven el coche. . .

Ensen. Aprecio,
doña Inés, vuestros afanes
y cariñoso desvelo.

Inés. Id, no tardeis. . .

Ensen. Sí, señora;
mas permitidme primero
que en vuestra cámara escriba
á mi padre. . .

Inés. ¡Oh! no, no apruebo
que así os detengais; mostraos
antes que todo severo,
y reprimid la asonada
con mano fuerte, de hierro. . .

Ensen. Doña Inés de Sandoval. . .
excelente es el consejo
pero inútil. . .

Inés. ¡Qué!

Ensen. Leed,
y vereis que ya no es tiempo.

(Le entrega el decreto de su destitucion, y vase por
la derecha.)

ESCENA X.

DOÑA INES.—Después OSORIO y DON RICARDO.

Inés. ¡Ya no es ministro! ¡ay de mí!
si el populacho frenético
sospecha que está en mi casa,
la allanará al punto. . . ¡cielos!
no hay que dudar. . . es preciso
que de ella salga al momento. . .
(Va á dirigirse á la derecha, y se detiene al ver salir
por la izquierda á Osorio y á don Ricardo.)

¡Ah!
Osor. Os digo, señor, que sois
de los hombres mas traviesos
que he conocido. . .

Inés. (Ese hombre
me puede salvar. . .)

Osor. Os ruego
que acepteis el parabien
mas cordial. . .

Ricard. Os lo agradezco;
pero aun es anticipado.

Osor. ¿Anticipado? sabemos
mi prima y yo grandes cosas,
porque os somos muy afectos.

Ricard. Y me honrais sobre manera.

Osor. (Bajo á doña Inés.)
Primita, á ganar terreno.

Ricard. ¿Se ha retirado Ensenada?

Inés. En mi cámara escribiendo
le encontrareis.

Ricard. Mala noche
le están dando.

Osor. Con efecto;
pero eso era de esperar,
yo me lo estaba temiendo. . . .
y no sé cómo hasta ahora
se ha estado tranquilo el pueblo. . . .

Ricard. Furioso dicen que está.

Osor. Irritadísimo. . . .

Ricard. Temo
que si dan con el marqués. . . .

Osor. ¡Oh! lo arrastran. . . .

Ricard. (Procuramos
detenerle aquí. . . .) Es probable,
ó así yo lo juzgo al menos,
que aunque lleguen á saber
que Ensenada está aquí dentro,
el sagrado de esta casa
logre imponerles respeto.

Osor. Sí, pero eso es inseguro. . . .
¿quién sabe en un caso extremo. . . .
Estáis muy comprometida,
bella Inés, os lo prevengo. . . .

Inés. ¿Y qué he podido yo hacer?
En mi casa estaba á tiempo
que la asonada estalló. . . .
nadie pudo preverlo. . . .
Esto no es favorecer
su causa, y en prueba de ello
le rogaré que me evite
disgustos y allanamientos. . . .

Ricard. Asuntos, señora, son
en que mezclarme no debo.

(*Hablan aparte doña Inés y Osorio, y dice para sí
don Ricardo.*)
Me es igual: si aquí se queda,

á mis órdenes le tengo:
si sale, los conjurados
lograrán cortarle el vuelo.

(*Sale Keen por el fondo; se reune con don Ricardo
mientras siguen hablando aparte doña Inés y
Osorio.*)

ESCENA XI.

DOÑA INES.—OSORIO.—DON RICARDO.—KEEN.

Keen. Don Ricardo, ya sabreis. . . . (*Le dice al
oído algunas palabras.*)

Ricard. ¿Con que se hundió! . . . ¡bien!... ¡soberbio!...
pero ¡y yo?

Keen. Dentro de poco
recibireis el decreto. . . .

Ricard. ¿Seguro?

Keen. Por muy seguro
se cuenta en palacio.

Ricard. Bueno.
¿Es decir que de Ensenada
evitar la fuga puedo?

Keen. ¿Quién lo duda? por de pronto
podeis remitirlo preso. . . .

Ricard. Aquí sale. . . .

Keen. Hagamos frente
á su arrogancia. . . .

Ricard. Ya es nuestro.

ESCENA XII.

DOÑA INES.—ENSENADA.—RICARDO.—KEEN,
—OSORIO.

(Se detiene Ensenada en el dintel de la puerta de la derecha, y dice Keen alto á don Ricardo.)

Keen. Me es, señor, al elevaros
doblemente lisonjero,
ser en España el primero
que viene á felicitaros.

Osor. ¡Cómo! . . . ¡el primero? . . . no, no, . . .
perdonad. . . . antes yo aquí. . . .

Ensen. *(A don Ricardo.)*

¿Con que ya?

Ricard. Dicen que sí,
su majestad se dignó. . . .

Ensen. Brillante destino os dejo:
como yo os deslumbrareis;
pero antes de que acepteis. . . .
miraos bien en este espejo.
Nada hagais con ligereza,
ni al favor prestéis oídos. . . .
que aquí suelen los descuidos
pagarse con la cabeza.
Vos tendreis, como el marqués,
quien la plebe os alborote,
y tambien quien os derrote
y os abandone después.
Es cuanto os puede decir
el que al dejar su carrera,
del presente nada espera;
mas que vos. . . . del porvenir.

Ricard. Aprecio vuestro consejo
como el de un hombre de Estado
sagaz y experimentado. . . .

Ensen. Señor don Ricardo, os dejo
rica y fuerte sin igual
á España . . . *(Señalando á Keen.)* Vos lo
A ver cómo sosteneis *(sabeis.)*
el pabellon nacional.

Ricard. Mientras pueda. . . . no temais:
por hoy será gran virtud
aquietar la multitud
que irritada me dejais.

Ensen. Irritada. . . . ¡Vive Dios!
y ¿por qué no me decís?
¿quereis que os muestre. . . .

*(Vuelven á oirse muy á lo lejos los gritos de la agi-
tacion popular.)*

Ricard. ¿La oís?

Inés. ¡Aquí vendrán! idos vos. . . .
aun estais á tiempo, sí. . . .
y evitadnos de este modo
que entre, arrollándolo todo,
el ciego pueblo hasta aquí.

Ensen. ¿Es por mí. . . . ó por vos, Inés,
todo ese afan que mostrais?

(Mirándola con desprecio y en ademan de retirarse.)

Os comprendo. . . . no temais
que os comprometa el marqués.

Ricard. ¡Teneos! salir de aquí
no podeis. . . .

Ensen. ¡No! ¿cómo es eso?

Ricard. Aquí en calidad de preso. . . .

Ensen. ¡Yo preso!

Ricard. Vos preso, sí.

Ensen. ¡Oh! vuestra intencion adivino. . . .
¿Quereis que el tumulto crezca,

y que Ensenada perezca
bajo el puñal asesino?
Está bien: mas . . . ¡vive Dios!
reparad lo que mandáis,
pues si tal violencia usáis
perecereis antes vos.

ESCENA XIII

DOÑA INES.—ENSENADA.—MAURICIO.—DON RICARDO.—KEEN.—OSORIO.

Maur. (Dentro.)
¡Zenon! . . . (Sale.) ¡Hola! . . . por un tris
hoy el pueblo te escamota. . . .
Ensen. ¡A presenciar mi derrota
alborozado venís?
Maur. ¡Qué estás diciendo, Zenon?
¡perdido tu juicio está!
¡pues qué! ¡no conoces ya
de tu padre el corazón?
¡Venir á darte qué hacer?
¡abrirte yo mismo el hoyo!
Vengo á prestarte mi apoyo,
y á morir si es menester.
Ensen. ¡Ah! ¡señor! hoy por demás
mi corazón desgarraron. . . .
hoy todos me abandonaron. . . .
Maur. Pero tu padre. . . . ¡jamás!
Nada me altera ni muda:
cuando elevado te ví,
la verdad te dije, sí,

pero la verdad desnuda.
Mas . . . no afijas tu memoria;
porque es salir del gobierno
como salir del infierno
para ir derecho á la gloria.
Y anda, que pronto ¡pardiez!
en la Rioja te verás,
y allí tranquilo serás
orgullo de mi vejez.

Ensen. Es mucha ventura, sí. . . .
Maur. Con que vamos, ya no hay miedo,
vente conmigo. . . .
Ensen. No puedo,
señor, estoy preso aquí.
Maur. ¡Tú preso aquí! . . . ¡Vive Dios!
Y ¿quién lo mandó. . . por qué?
sepamos. . . .

Ricard. Yo lo mandé.
Maur. Caballero, y ¿quién sois vos?
Ricard. De aquel que forma la ley
y acatan todos, desde hoy
aquí su ministro soy.

(Sale la marquesa acompañada de sus pajes, que traen hachas de cera encendidas y se quedan en el fondo.)

ESCENA ULTIMA.

LA MARQUESA.—DOÑA INES.—ENSENADA.—MAURICIO.—DON RICARDO.—KEEN.—OSORIO.—PAJES.

Marq. No hay mas ministro que el rey.
Todos. ¡Ah!
Ricard. (¡Cielos!)

- Keen.* (¿Qué es lo que oí?)
Ricard. Pero....¿es posible, señora?....
Marq. Cómo ha de ser.... por ahora
el rey despacha por sí.
(*A Keen y á don Ricardo.*)
Perdísteis esta jugada;
el rey así lo ha mandado.
y sucesor se ha nombrado
(*Mirando á Ensenada.*)
del marqués de la Ensenada.
Ensen. ¡Tanta honra!....
Maur. (*Mirando á don Ricardo.*)
(Tómame esa.)
Marq. (*A don Ricardo.*)
Os acompaño en el duelo....
Ricard. Señora....(¡Yo soy de hielo!)....
Keen. (El diablo es esta marquesa)
Marq. Querida Inés, en verdad
que ansiaba á vuestra hermosura
dar una prueba segura
de mi admiracion. Tomad.
(*Le da un papel.*)
Soy muy poco olvidadiza,
y á complaceros me apresto....
Inés. Pero.... señora, ¿qué es esto?
Marq. Pasaportes para la Suiza.
Allí, como vos decís,
si os es fiel vuestra memoria,
teneis recuerdos de gloria,
y es muy bello aquel país.
Inés. Pero....
Marq. Ved el pasaporte,
yo no quiero que os priveis....
veinticuatro horas teneis
para salir de la corte.
Vos....libre estais, Ensenada:

- vuestro retiro elegid,
que nadie osará en Madrid
estorbar vuestra jornada.
Y al iros decid, señor,
que habeis con honra hecho ver,
que solo aquí puede ser
el rey vuestro sucesor.
Ensen. Ríndoos la justa alabanza
á que sois tan acreedora....
Marq. ¡No!....
Ensen. Muy noble sois, señora,
muy noble.... hasta en la venganza.
Maur. Es verdad; tiene razon:
vuestros pasos he seguido....
y con gozo he comprendido
que teneis gran corazon.
Vos sois, marquesa, vos sola
honra y prez de mi linaje:
no hay nadie que os aventaje
en lo firme y española.
Seguid por ese camino,
pero nunca os resbaleis,
porque después... ya sabeis
que no se recobra el tino.
Marq. Para evitar ese porte,
tomaré vuestro consejo:
desde mañana me alejo
para siempre de la corte.
Que aquí con la fe mejor
y en la cumbre del poder,
es muy fácil cometer
graves errores, señor.
No quiero bajar un día
al abismo despeñada,
pues por muy asegurada
que esté la ventura mia,

— 110 —

ya en ocasion oportuna
despacio pude observar. . .
que no cesa de girar
la rueda de la fortuna.

FIN DE LA COMEDIA.